

BREVES OBSERVACIONES

A

“LA RAZON”

Y

LOS RACIONALISTAS

IV

Diciembre 21 de 1895



QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

LOS PERSEGUIDORES.

DESDE que la verdadera libertad brotó del costado abierto del Salvador en la cumbre del Calvario, no ha cesado de ser perseguida por el error y la mentira, deformes engendradores de la servidumbre.

A su aparición temblaron los opresores de la tierra, los que transportaban millares de hombres de unas á otras regiones para venderlos en las plazas públicas como vil ganado, ó para recrearse con el sangriento espectáculo de su agonía en el Anfiteatro, cuyo pavimento era menos duro que los corazones de sus carnales y degenerados señores. Todas las abyecciones, todas las ignominias se aprestaron á cerrar el paso á ese torrente luminoso que se desbordaba en ondas bienhechoras por sobre la haz de la tierra. Los amos cerraron convulsivamente las puertas de bronce de sus ergástulas, para que no se escaparan los esclavos; los esposos miraron próximo á expiar el derecho de someter á la mujer á todos sus caprichos, exigencias y crueldades; el padre de familia sintió que se le huía de entre las manos la terrible facultad de vida ó muerte sobre sus hijos; la superstición miró venirse al suelo los infames ídolos, personificación de los vicios más vergonzosos, que alzara en el Capitolio y multiplicara en mil ciudades.

Y todos ellos se unieron en una formidable conspiración contra la libertad, y dijeron: “destruyamos la religión de Cristo, que viene á dar muerte á la servidumbre.”

Pero en vano lo dijeron: la libertad volaba ya en alas de la inspirada palabra de Pablo, y navegaba junto á Pedro camino de la capital de los Césares, y se aposentaba en el mismo palacio de Claudio, y aprestaba las primeras víctimas que iban á sucumbir por ella, y descendía á los subterráneos y á las cárceles á dar valor á los confesores de Cristo, y les tejía hermosas coronas, y les cerraba los ojos amorosamente en la arena, entre los gritos de los espectadores y el rugido de las fieras. Espantosa fué la lucha, pero la libertad triunfó gloriosamente cuando hizo flamear á la vista del mundo atónito, el estandarte de Constantino, adornado con el vencedor signo de la redención.

Pero el error y la mentira, no tardaron en ir á buscar el apoyo de la violencia, encarnada en los bárbaros del Norte, para aplastar la libertad del Evangelio. Se estremeció la tierra ante la irrupción de las temibles y sanguinarias hordas de fieras, más que hombres, que salían rugiendo de los bosques para pasarlo todo á sangre y fuego. Las ciudades devastadas, profanadas las iglesias, yermos los campos, el horror y el estrago en todas partes, hicieron creer que la libertad agonizaba bajo los cascos del caballo de Atila. Mas; la libertad no había muerto, y refugiada en el santuario, vió muy pronto cómo venían á rendirle homenaje los reyes siccambros, teutones y visigodos de altiva cerviz, y en pos de ellos innumerables pueblos de varia lengua y condición.

La servidumbre prevaleciendo de las costumbres bárbaras y hondamente arraigadas de los belicosos conquistadores de Europa, establece el feudalismo, se parapeta en los castillos señoriales y dirige sus tiros contra la Iglesia, madre de la libertad. Varios poderosos empe-

radores se declaran aliados del error y la servidumbre; mas, la libertad desde la Sede de san Pedro, pone á raya los desmanes de los grandes, alivia la condición de los oprimidos, lleva hasta el primer trono á los hijos del pueblo y reivindica la dignidad humana.

El error y la mentira, vencidos pero no exterminados, vuelan á las fértiles provincias del Langüedoc, promueven una guerra cruelísima á la Iglesia, mas ésta sale vencedora; Federico II de Alemania, Felipe el Hermoso de Francia, los sarracenos, Wicleff son los justadores en otra de las persecuciones contra la verdadera libertad; y el siglo xvi, repleto de tempestades se estrella contra la roca de Pedro, en uno de los más furibundos embates que se haya jamás dado contra ella.

Los sofistas vienen como refuerzo de la violencia: durante tres siglos gastan sus fuerzas para destronar la libertad, y secando las fuentes de la civilización cristiana volver á la humanidad á la negra noche del paganismo. Vano empeño; pasan Lutero, Calvino, los hugonotes, los degolladores de católicos; la sanguinaria Isabel, el triste Pombal, el pobre Floridablanca; pasan el cínico de Ferney, los enciclopedistas, los tigres de la Revolución francesa; pasan cien más como siniestros meteoros; pero como siempre, la libertad de Cristo, más gloriosa cuanto más combatida, sólo tiene entrañas de misericordia para sus perseguidores, á quienes ni excusa ir á indicarles la vía del cielo en los momentos de suprema expiación.

La Iglesia está en pie; ¿dónde paran sus perseguidores? Paganos, bárbaros, herejes, sofistas, tiranos, bebedores de sangre, ¿qué es de ellos? Tomaron la copa de la abominación para celebrar la muerte de la Iglesia su víctima, y es

su víctima quien cierra la losa de su sepulcro, sean ellos hombres ó naciones, épocas ó sistemas.

Hace mil seiscientos años, un cristiano de Nicomedia escribía las siguientes sublimes frases, encarándose con los perseguidores de la libertad de Cristo:

“Polvo de un señor del mundo, que cabe en el hueco de la mano del sepulturero, cuando te llamabas Nerón, aplastabas á Roma con tu peso. Te manchaste con la sangre de los Apóstoles de Cristo, y los discípulos de los Apóstoles sirvieron de antorchas en tus impuras fiestas. ¡La justicia de Dios te condenó á la muerte de los cobardes, entre el desamparo, la desesperación y el terror!

“Polvo de un señor del mundo: tú hiciste echar de menos á Nerón cuando te llamabas Domiciano. Inundaste de sangre cristiana la Italia, las Galias y el Asia. ¡La justicia de Dios te condenó á la muerte de las fieras, á manos de un esclavo y un gladiador!

“Polvo de un señor del mundo: tú pesaste en la balanza de la gloria cuando te llamaste Trajano; pero á los leopardos de Roma arrojaste el santo Obispo Ignacio. ¡La justicia de Dios te condenó á ver oscurecida tu gloria, y moriste de una enfermedad vergonzosa!

“Y tú, cuando te llamabas Marco Aurelio, Roma te adoraba como el genio de la virtud; pero la sangre de los santos derramada durante tu reinado clamaba venganza. ¡La justicia de Dios te condenó á beber el veneno de un hijo parricida!

“A tí, la tierra te parecía estrecha cuando te llamabas Severo, César por la fortuna de la espada; pero renovaste las llagas de Cristo. ¡La justicia de Dios te hizo padre de un monstruo, y te obligó á morir de pesadumbre delante de

un hijo cuyo puñal desviaste!

“Y tú, óyeme: Dios te eligió en un campamento de bárbaros, cuando te llamabas Maximino, para mostrar al universo romano el tipo gigante de sus futuros vencedores. ¡Matador de cristianos, la justicia de Dios te condenó á morir asesinado por los soldados que convertías en verdugos!

“Tú, cuando te llamabas Decio imaginabas ahogar en tus férreos brazos á la Iglesia de Cristo, la cual se creyó á punto de expirar; pero Dios extendió su diestra para aplastarte bajo los pies de una horda gótica!

“Polvo de un señor del mundo que cabe en el hueco de la mano del sepulturero, ni siquiera respetabas á los niños cristianos en la cuna, cuando te llamabas Valeriano. ¡La justicia de Dios te entregó á sus vengadores. Desollado vivo en Persia, teñida tu piel de púrpura y llena de paja, estuviste siglos enteros colgado de la nave de un templo, como testimonio del más horrendo castigo!”

Así hablaba Lactancio, colocado como un vidente entre una época que se desmoronaba y otra que surgía; así pronunciaba la sentencia anticipada de todos los perseguidores de la libertad de Cristo encarnada en su Iglesia.

ERRORES HISTORICOS.

No somos nosotros de aquellos defensores sistemáticos de una causa, que no reconocen en sus adversarios ningún argumento válido por sólo el caso de ser adversarios. La buena fe en la investigación de la verdad, exige imperiosamente que se confiese y dé todo su valor á los hechos verdaderos

aludidos aún en contra de la propia causa. Esto decimos, porque nos sale al frente la cita de un acaecimiento de los más graves de la Historia Universal, recordado por *La Razón*, y del cual hablan extensamente Baronio, Natal Alejandro y los Centuriadores de Magdeburgo. Confesamos que en esta vez el cargo contra la Iglesia es formidable, pero no seremos nosotros quienes disimulen su gravedad. Y en este punto, sí que declaramos legítima la indignación del Sr. Peralta, cuando con lírico arrebatado dice, que por consecuencia de aquel acaecimiento que después diremos, “así el poder público y la autoridad de los prelados inferiores, las ciencias y las artes, la moral y las creencias, la paz y la guerra, el orden y el bienestar de las familias, los deberes y derechos sociales, las leyes, la justicia, la virtud y el vicio, los hombres y los brutos, el mundo sideral y la tierra, todo, todo, cayó bajo el yugo de la superstición” ¿Y por qué todo esto? ¿Acaso por la odiosa intervención de los poderes políticos en los asuntos religiosos, ó por la corrupción introducida en el santuario por los racionalistas disfrazados, que escalaban por la violencia las primeras dignidades de la Iglesia? Nó; y aquí viene la grave causa alegada por el Sr. Peralta, y es tal que no la podemos negar: Es porque “Jorge de Saluces, obispo de Lausana hasta pretendía tener el poder de exterminar las sanguijuelas, enemigas de las truchas, bocado predilecto del muy reverendo” (pág. 14). Pasmémonos todos con el Sr. Peralta y participemos de su justa cólera contra atentado tan monstruoso, en un ministro de un Dios de paz, que dijo “mi reino no es de este mundo” como lo refiere el evangelista san Andrés. (Erudición racionalista) Y sabiendo este hecho, ya no nos sorprenda que la Edad Media haya sido época de tan densas tinieblas para el espíritu humano, desfallecido triste y errabundo en busca de una lumbrera como *La Razón*. ¿Cómo no hubiesen temblado hasta los luceros del firmamento con semejante escándalo de Jorge de Saluces? Aun bien que no nos indica el Sr. Peralta, si ese sistema de trucidar sanguijuelas era con polvos de botica

ó con zumo de yerbas venenosas, como lo practican nuestros salvajes orientales para pescar. Pero, sea como fuere, ese crimen no tiene nombre y; ¡oh vergüenza para la Iglesia!, no sólo se perpetró en la Edad Media, sino que ha encontrado imitadores y continuadores, no ya solamente contra esos útiles animalillos, sino hasta contra las parasitarias del cuerpo humano. Por eso mismo, la civilización anda tan de capa caída entre nosotros, á pesar de los potentes esfuerzos de nuestros sabios, que por nada de este mundo comen truchas cuando no las tienen; al revés de Jorge de Saluces, que las comía cuando se las servían.

Empero, como por cada acierto de *La Razón*, topamos con cien inexactitudes, anacronismos ó errores, no se llevará á mal que sigamos examinando sus citas, siquiera por lo visto, llevemos camino de no salir del N.º 1.º en dos años. “Las suertes de los santos dice, eran el medio no poco común, de elegir obispos y abades: san Aignan (sic) obispo de Orléans y aún san Martín de Tours fueron elegidos de esta manera” (pág. 13). Y primeramente; ¿en qué consistían estas suertes? Pues, no sino en abrir al acaso las Sagradas Escrituras con el objeto de investigar por este medio la voluntad divina. Esta práctica supersticiosa siempre fué reprobada por la Iglesia, á pesar del aparente respeto á la palabra de Dios, que aquella comporta. ¿Quién lo afirma? El mismo Bergier á quien cita *La Razón* con su acostumbrada falta de buena fe. San Agustín reprobó esta práctica en su epístola á Enero, el Concilio de Vannes la prohíbe bajo pena de excomunión el año 465, no menos que el de Agda en 506, los de Orléans en 511, de Auxerre en 595, y una Capitular de Carlomagno; y esas condenaciones se reiteran en los siglos XIII y XIV (1). ¿Y por qué no dice *La Razón*, que según Bergier son los dos únicos ejemplos que se conocen, los referentes á san Agnato y san Martín de Tours? Pero con perdón de Bergier ni estos ejemplos valen para nada; pues carecen de fundamento. San Martín de Tours fué elegido le-

(1) Bergier.—Dice. de Teol., pág. 357.

galmente y no de la manera indicada por Bergier y *La Razón*. Muerto Lidorio, Obispo de Tours el clero y pueblo con voz unanime eligieron á Martín para Obispo, mas como éste se resistiera, fué traído á la ciudad por medio de una estratagema y en triunfo, no obstante la oposición de unos pocos á cuya cabeza se veía á Defensor. Como el tumulto de gente entrara á la basílica, el cantor de oficio no había podido llegar hasta el antifonario; vino otro y procediendo de prisa para no interrumpir los oficios abrió el libro al acaso y entonó el primer versículo que tuvo á la vista, y; ¡oh coincidencia!, éste correspondía á la situación y contenía una alusión patente contra el nombre de Defensor. Un inmenso grito se alzó en la basílica, y se vió en lo acontecido una manifestación de la voluntad divina (1). ¿Hubo en esto intento de ejercitar la práctica supersticiosa que se ha mentado? De ninguna manera. Rohrbacher y los demás historiadores que hablan de esta elección, convienen en este punto, ya que todos se refieren á Sulpicio Severo, amigo y discípulo del esclarecido Obispo de Tours, cuya vida escrita por aquél puede consultar con provecho *La Razón* (2), no menos que á Natal Alejandro acerca de las elecciones por *suerte*. (3)

¿San Agnano sería elegido de ese modo? No lo dice la Historia. Originario de Viena de las Galias fué á Orléans atraído por la reputación de su santo Obispo Euberto. Vivió en el monasterio de san Lorenzo de Orgerils. San Euberto le *pidió* como sucesor, al sentir que se aproximaba su fin. Fuéle concedido, dejó la administración de su diócesis y murió el año 391, sucediéndole Agnano. ¿Qué hay en esto de elección por *suerte*? (4). En cambio, *La Razón* no nos dice una sola palabra del inmenso servicio que este santo prestó á Orléans, salvándola del poder de Atila y los Hunos el año 451.

De san Martín de Tours que vino al mundo en

(1) Darras. — tom. 10, pág. 248. Rohrbacher.

(2) Sulpit. Sever. — Patrol. latin. tom. 20

(3) Natal Alejandro. — Hist, ecles. tom 3.^o pág 143.

(4) De Feller, tom. 1.^o pág. 65.

316, á Benedicto IX que vivió en 1033 no es pequeño salto, y sin embargo vamos á darlo para observar qué nos dice *La Razón*, de este pseudo Pontífice, que debe serle especialmente predilecto; pues subió á la cátedra de san Pedro por la violencia para hacer males á la Iglesia de Dios, circunstancia por la cual merece figurar en la serie de los precursores del racionalismo. Ahí es de ver lo rudamente que trata á ese mozuelo, que en verdad le pertenece y no tiene por qué endilgar al catolicismo.

En efecto, ese Benedicto IX mal puede ser estimado como verdadero Papa, si se considera que su elección fué obra de la violencia y del fraude de unos cuantos perversos, que sacrílegamente oprimían á la Iglesia y le quitaban su libertad, condición esencial de su constitución y régimen.

Los condes de Túsculo, esos *devastadores de la Iglesia*, como los llama Bonizo de Sutri, tenían á su cabeza á Alberico, quien á trueco de colocar en la Sede Romana á su hijo Teofilacto, muchacho de diez ó doce años, se valió de todos los medios de intimidación para hacerlo elegir después de la muerte de Juan XX. Testigo de estos escándalos promovidos por los opresores de la Iglesia, que en todos los tiempos se han asemejado unos á otros, escribe san Pedro Damiano lo siguiente: “¿Sabéis cómo se entroniza á un falso Papa? Durante la noche una soldadesca ebria se derrama por las calles de la ciudad, blandiendo sus armas y vociferando las más atroces amenazas contra los cardenales, obispos y sacerdotes, que no consientan en lo que ella quiere! . . .” Así se hizo con Teofilacto. ¿Procedería de otro modo el usurpador Humberto, dueño actual de Roma, si quisiese hacer elegir Papa á su hijo el llamado Príncipe de Nápoles? De seguro que sólo de ese modo le entronizaría, y de seguro que sólo á los racionalistas se les ocurriera imputar á la Iglesia un Papa así elegido.

No se cuenta, pues, á Benedicto IX en la serie de los Papas; ni es de extrañar que sus costumbres hayan sido las que fueron. La cristiandad entera gimió, hasta que los buenos le arrojaron ignominiosamente de Roma, y Dios no tardó en conceder un Pontífice según su corazón, pasada la ruda prueba

á la cual sometiera á su Iglesia (1). Raul de Glaber, el monje Desiderio, que después fué Papa con el nombre de Víctor III, san Pedro Damían, el cronista Malmesbury, León de Ostia, Arnulfo de Milán y hasta Frisingen, junto con muchos historiadores y contemporáneos de aquel desdichado, concuerdan en considerar á Benedicto IX como un abominable intruso. Los historiadores modernos no son menos explícitos, y á ninguno de ellos se le ocurrió jamás decir que Benedicto IX vendió el poder de *atar y desatar*, dado que nunca fué un verdadero Papa.

Vienen otros errores en tanto número, que se nos hace penoso seguirles uno á uno, y por eso habremos de pasar de ligero por encima de ellos. “La ambición del bando teocrático, dice, no reconoció freno; se extendió al pan del pordiosero y al torpe lucro de las meretrices.”

La clase sacerdotal que cuenta en sus filas á centenares de héroes, honra perpetua del linaje humano, sólo puede oír con lástima cargo semejante y dudar del buen juicio del que lo formula. No es menos risible el otro cargo acerca de aquella imposición que gravaba á las mujeres de mala vida. No es la Iglesia quien autorizó jamás ese comercio degradante sino los adversarios de la Iglesia, ni es ella quien cierra los conventos para convertirlos en lupanares. Lo que sin duda ha motivado la equivocación que dió pie para el torpísimo cargo, es el cúmulo de disposiciones penales que siempre formuló la Iglesia contra la prostitución, entre las cuales ordenó no sólo la aprehensión de esas desgraciadas para recluirlas, sino la pérdida de la vil ganancia ó sea el incentivo corruptor de esas desdichadas. Numerosas son las disposiciones de los Concilios acerca de esté punto. ¿Qué más? Hasta las *oblaciones* que aquellas quisieran prestar á la Iglesia fueron *prohibidas* de recibir, *no se diga que recibéndolas fomentaba su pecado* (2). En los estatutos de san Luis, se dispone que las meretrices sean expulsadas de las ciudades y aldeas, que *sus bienes y hasta sus vestidos*

(1) Henrion.—Hist. de la Igles., tom. 4º, pág. 301.

(2) Schmalzgrueber.—Jus eccles. univers.—De decimis., pars. 3ª, tit. xxx, pág. 692.

les sean secuestrados; que los que arrendasen habitaciones á esas mujeres diesen al juez la pensión de un año como multa (1).

Lejos de acaparar el vicio y de imponerle contribuciones, como hace el Estado moderno á pretexto de reglamentarlo (2), la *teocracia* creó muchas casas de arrepentidas; en sólo París la de san Antonio de los Campos en 1198, de las Hijas de Dios bajo san Luis, de las Hijas de París en 1494, de las Magdalenitas en 1629, de santa Pelagia en 1660 y del Buen Pastor, obra de la señora de Combé en 1698, obras todas que fueron destruidas por el racionalismo en la Revolución francesa.

LOS DESCARGOS.



¿Injuria U? Luego está vencido, luego la verdad no le asiste, luego anda ayuno de razones. Las mujeres injurian, la sin hueso les sirve de espada. El hombre no injuria; cuando más emplea la delicada broma, el fino gracejo que en el fondo lleva oculta á la benevolencia. Si discute, si es preciso abrumar al contendor, alza la poderosa espada del razonamiento y de tres ó cuatro reveses formidables le deja tendido un buen espacio, cuan largo es, y en seguida le extiende la mano para alzarlo.

Como no queremos hablar sobre la persona del autor de *La Razón* sino sobre su ciencia, nos ha de permitir pasar de largo por sobre las personalidades, para ir en busca de sus descargos contenidos en los Núms. 5 y 6. ¿En qué quedamos? ¿son mitológicos ó históricos los personajes de la India, citados por U., Sr. Peralta? Si mitológicos ¿por qué no lo dijo antes? si históricos ¿cómo dice ahora que mitológicos? ¿Por qué en páginas históricas mezcló sin expresarlo sucesos fabulosos? ¿qué diría U. de quien quisiese probar que Enrique IV triunfó en Ivry porque Roldán le prestó su Durindana?

Tampoco es buena excusa la de que para entresacar lo favorable de un texto, que probaba precisamente lo contrario de lo que U quería, puso puntos suspensivos. Citándole

(1) Natal Alexand.—Hist. eccles., tom. 8º, sæcul. XIII, cap. x, pág. 250.

(2) Maxime du Camp.—Paris, ses organes, ses fonctions et sa vie., tom. 3º, pág. 315.

a U. con su sistema, mire lo que resulta en un sólo trozo de su réplica (pág. 94) "los dioses del paganismo, los bausanes de sotana, los pillastres de cogulla.... consagrados por Visnú, por Judas Iscariote.... son ungidos por el Cristo; esos llevan la luz del Espíritu á la manera de antorcha perpetua en la inteligencia.... Afirmé yo.... alcornoque." ¿que tal, eh?

En los demás cargos conviene, si es cierto aquel principio que dice *qui tacet consentire videtur*. Exceptúa el reparo de que no apunta bien el origen del sacerdocio, y el del inolvidable Gregorio IX, que lo atribuye á error del cajista, socorrido recurso de escritores, y que nosotros no invocamos cuando en el cuaderno 2^o se nos hizo decir que San Pablo escribía á los de Galicia, pues estábamos seguros de que *La Razón* no dificultaría en creer, que el Apóstol tuvo correspondencia con los gallegos y no con los gálatas, y que se quedaría callada como se ha quedado.

Acerca de los reparos de lenguaje ¿qué cabe decir á quién niega la autoridad del insigne Baralt y probablemente de Cuervo y la Academia? Tan pecador es en esto, que en el sólo artículo que nos endilga andan por ahí un *haer bella figura*, unos hierofantes que *sublevan* la conciencia, un *si bien*, galicismos vivos y efectivos, no porque Baralt lo diga sino porque lo son á ojos vistas. Ni es cierto que los orientalistas que hablan castellano dicen *veysas* por *vasias*. Lo dicen los orientalistas franceses, así como dicen *sou ras* por *sudras*. Los alemanes lo dirán de otro modo: cada uno según la índole de su lengua. El Sr Peralta es *Mr Poirhaute* en frances, y es seguro que nunca firmará con este nombre sus artículos, galicados y todo. De poco conocedores de los orientalistas nos da y no lo negamos; él si que está muy familiarizado con B. Schultz, Gilchrist, Schlegel, F. Fergusson, Sandfors, Adley, de Tassy, los dos Champollion etc.

Un descomunal gazapo que se le ha escapado al autor de *La Razón* en su réplica, es asegurar que Jacolliot es *sabio antiguo* (pág. 96). Si Jacolliot es casi de nuestros días. Si sólo publicó su *Historia de las Vírgenes* en 1879, esto es cuando el autor de *La Razón* ya estaría sin el habador y las andaderas. ¿Lo conoce el Sr. Peralta? ¿Sabe cuántos otros libros escribió, y qué dijeron de ellos la Academia de Ciencias de París y el diario *Le Monde*? Si sabe y nos lo dice en seguida, le ofrecemos enviarle, á vuelta de correo, un poco de pan bendito, ahora que ya confiesa creer en el Evangelio, en Jesucristo y los santos, merced á nuestras modestas Observaciones.

Vindex.